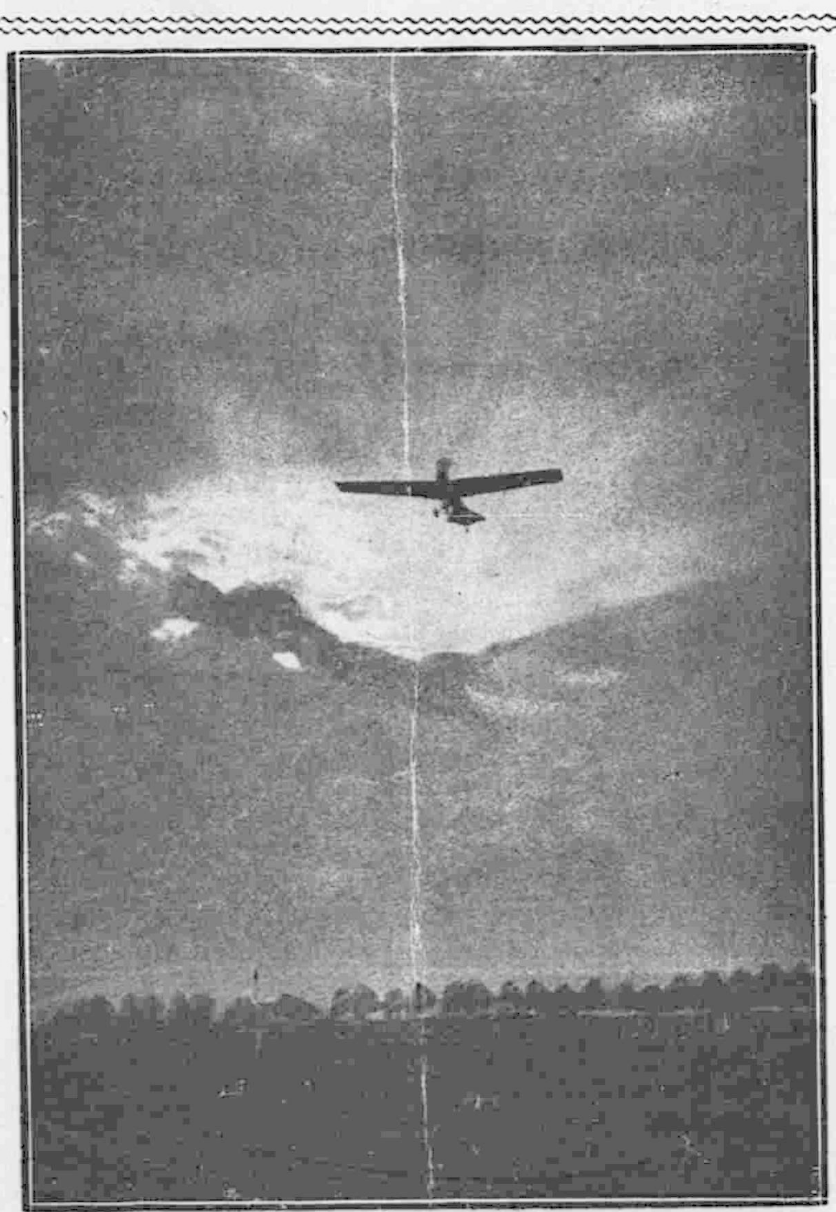
Via Libre

Publicación Mensual de Crítica Social

ENERO
1920
Año 1. — Núm. 4



ASCENSIÓN SIMBÓLICA

PRECIO 0.20 CTS.

VIA LIBRE

Publicación mensual de crítica social

Direcciòn y Administración: Azcuénaga 16 — Director: Santiago Locascio

Año I.	Buenos Aires, Enero de 1920	Núm. 4

HACE UN AÑO...

Hace un año fué asesinado alevosamente el pueblo obrero de Buenos Aires por toda una turba de gente parásita y degenerada.

Que el estado conservador y tiránico intente repeler los ataques de quienes consideran vilipendiados sus derechos por la acción retrógrada que se ejerce sobre ellos, lo entendemos perfectamente, pero que personas independientes, instigadas por mezquinas ambiciones y por bastardas pasiones, coadyuven a la acción policial en contra de los descontentos, nos parece simplemente un caso anormal de degeneración colectiva. Una cobardía.

De cobardía, pues, calificamos la acción desplegada hace un año por toda una turba de gente parásita y degenerada.

A la acción inconsciente de esa plebe adinerada y galoneada, debe agregarse la obra de los lacayos de la prensa nacional, la que está compuesta por mercachifles de la más baja estofa, por miserables seres que todo han sacrificado en aras del becerro de oro.

La prensa propagó el peligro maximalista, abultando los hechos y falsificando las intenciones del pueblo.

Y la cobardía de esa prensa aún perdura hoy con el silencio unánime en que se ha encerrado ante los atropellos y los secuestros policiales. Es la consigna del gobierno y del comercio, y el vil esclavo se somete voluntariamente por no perder la piltrafa que se le arroja.

La prensa nacional yace arrastrada por el suelo y sumergida en el fango. Son sus colaboradores representantes genuínos de la cobardía ambiente.

Las autoridades saben, pues, que tienen a sus órdenes la inconsciencia vil de los mercaderes, la pluma innoble de los periodistas y la pasividad irritante de la opinión pública.

La autoridad ha abusado de su poder y ha jugado una triste comedia con los elementos avanzados. La falsa sonrisa ha aletea-

do en los rostros de los funcionarios ante el perorar de los propagandistas. La autoridad procedía así porque tenía de su lado las alforjas del mercader, la pluma del periodista, y el silencio de los políticos.

El pueblo obrero ha sido víctima de ese fatal contubernio, y asesinado alevosamente en la trágica semana de Enero por una turba inconsciente y miserable.

Pero el pueblo no se ha amilanado por ello, el pueblo obrero ha estrechado las filas y ha pensado en sus hermanos caídos en el combate secular. El pueblo ha pensado en el obscuro porvenir de sus hijos y se ha mantenido compacto, esperando serenamente el desenlace de estas escaramuzas sangrientas que son los jalones de la liberación definitiva del hombre.

El pueblo marcha sólo hacia sus altos destinos, afrontando la muerte, con la serenidad del que está convencido de poseer un excelso ideal de inminente realización.

Y hacia el ideal se encamina, aplastando a su paso el vil contubernio que estorba su marcha.



Donde exista una clase de hombres sin subsistencias, existe una violación de los derechos humanos y está roto el equilibrio social.

Larochefoucauld.

LA IGUALDAD SOCIAL

La exageración jamás sirve provechosamente la causa de los inhábiles que de ella echan mano para combatir teorías contrarias; porque la exageración es un arma traidora que se vuelve agresiva contra aquellos que la esgrimen en su defensa propia.

Exagerar los hechos, sacar las cosas de quicio, desfigurar la verdad por el sólo placer de negar o poner en ridículo la evidencia de un sistema de redención, es procedimiento falso que en definitiva produce resultados contraproducentes.

Por esto salen siempre tan mal parados nuestros adversarios, porque echan, para combatirnos, mano de sofismas absurdos y exageraciones ridículas. Quieren destruirnos, e inhábiles al combatir, se hieren torpemente con las armas que no saben ni les es posible esgrimir con provecho.

Decir que el comunismo es una utopía perturbadora, porque proclama la igualdad social de los hombres, y apearse, para demsotrar la *gran insensatez anarquista*, con asegurar que la *igualdad absoluta es un mito*, ya que no es posible que todos los humanos seamos iguales por la razón aplastante que *no son iguales los dedos de la mano*, es el colmo de la estupidez, es trabucar maliciosamente los términos para hacer creer a las gentes sencillas que nosotros ¡pobres visionarios! perseguimos el establecimiento de una *igualdad natural* irrisoria, acefálica y realmente perturbadora... Nosotros no perseguimos tales quimeras; ni aspiramos a *recortar* al gigante, ni a *estirar* al enano; queremos, sí, igualar a todos los hombres en las placenteras holguras del derecho y en las trabajosas penalidades del deber.

Sabemos, como lo sabe todo el mundo, que ni la igualdad política, ni la igualdad ante la ley han conseguido la rehabilitación del hombre esclavizado económicamente, y aspiramos a redimirlo proclamando su liberación económica. La libertad económica de los hombres, es la integración individual y colectiva de toda igualdad social, ya que sin ella todo derecho es irrisorio y todo pacto social resulta *leonino*.

Invocar, para controvertir la eficacia emancipadora y razonable de nuestros principios igualitarios las aparentes *desigualdades naturales* que se observan en todo cuanto existe y tiene vida en el universo infinito, es caer en el mayor de los absurdos. Las desigualdades naturales no pueden ni deben suprimirse, porque no son tales *desigualdades*. Cuando más, el hombre deberá preocuparse de la *corrección natural* de los defectos que aparecen, tal vez por nuestra culpa, en las creaciones monstruosas.

El *todo humanidad* es igual y homogéneo en todas sus infinitas

variedades, y esas *desigualdades* que en los individuos se observan, entiéndanlo nuestros detractores, *no lo son más que en apariencia.*

Lo que hay entre los hombres no son desigualdades naturales, sino distintas funciones, condiciones encontradas, diversas aptitudes y temperamentos, propiedades diferentes con las que irremisiblemente se nace, y que, si bien se mira, *naturalmente* hablando, no diferencian tanto a los hombres entre sí como a primera vista aparece.

En lo que si hay diferencia y muy notable, es en las distintas especialidades de cada uno, en la *calidad*, no en la *cantidad,* y otras veces al contrario, y, no obstante, en la armonía de estas propiedades que caracterizan la actividad humana, hay *proporcionalidad* evidente, y como las razones de los términos de toda *proporcionalidad son iguales entre sí, naturalmente hay igualdad proporcional en todos los humanos ante el derecho y lo mismo ante el deber, y todos nacen para realizar igualmente la potencialidad de su sér, y ésta es la única igualdad lógica, racional, científica, y, por lo tanto, posible.*

Que un hombre nazca contrahecho y raquítico, y otro venga a la vida apuesto y vigoroso, en justicia, eso no es óbice para que ambos, llenando su finalidad social *igualmente*, sean también *iguales* en el disfrute del derecho.

La igualdad anarquista está en la variedad y no en la uniformidad. Igualdad no quiere decir *rigorismo uniformario,* sino libertad fraternal. Quien aspire a igualdades uniformes desconoce la sublimidad augusta de la verdadera igualdad.

Juan, sin ser *igual*, física ni moralmente hablando, a Pedro, tiene los mismos *deberes* y goza de idénticos *derechos* que éste en el disfrute de toda función social; *luego ambos son iguales.* Tal es nuestro concepto sociológico de la igualdad social.

La igualdad uniformada es la igualdad militaresca del regimiento que mata la voluntad de los soldados y produce la soberbia degeneración de los jefes.

Están, pues, en un error crasísimo, cometen una exageración *piramidal cuantos,* en su inopía o mala fe, nos tachan de visionarios revoltosos, asegurando, desde luego, gratuitamente, que aspiramos a constituir a los hombres en las mortales languideces de una *igualdad* quimérica, uniformada y rigorista que acabaría por hacer del mundo un inmenso teatro de automáticos fantoches humanos, sin ideales ni voluntad. La igualdad a que nosotros aspiramos, entiéndanlo bien los habilidosos detractores del anarquismo, es la igualdad redentora que se basa en la liberación económica de todos los hombres. Igualdad sublimemente justiciera que debe en su día formar triada luminosa con la Libertad y la Fraternidad universales, abriendo en los fastos de la historia del mundo la era gloriosísima de la redención del género humano.

PAGINA DE HISTORIA

....

En los primeros días de Enero de 1905, los obreros de Petrogrado abandonaron su labor. El que dirigía esta agitación era un pope, un fraile ortodoxo, Jorge Gapón. Un pope que vivía humildemente y que hablaba a los obreros con toda sinceridad, al menos así apareció durante todo el tiempo de la agitación.

La ciudad de Petrogrado se transformó en pocos días en un gran centro de acción revolucionaria. Al pope Gapón se le ve por todas partes, mueve todos los resortes, habla, predica, lucha...

....

Jorge Gapón representa, en esta hora trágica para Rusia, el pensamiento humilde y enérgico al mismo tiempo del pueblo sufriente. El pope sufrió después todos los sinsabores de la popularidad de un momento hasta que desapareció de la escena del mundo, desapareció en forma misteriosa y trágica. Dejamos constancia de que en el momento de la acción el humilde pope se comportó noble y resueltamente.

Y la tragedia comienza, la terrible tragedia del 22 de Enero de 1905, el domingo rojo como se le llamó, la fiesta de la sangre, como yo hube de decir un año después, al rememorar esa jornada dolorosa.

Aquel domingo, los obreros de Petrogrado, vestidos de fiesta y agrupados entre sí, se iban acercando desde los cuatro puntos de la ciudad hacia el palacio de invierno. Marchaban quedos y hasta se veía en sus semblantes lampos de esperanzas. Hacían oir en coro cantos litúrgicos elevando en alto la efigie del zar... El fraile Gapón dirigía la marcha.

El zar no apareció. ¡Cobarde! En lugar del zar estaban los cosacos y los soldados, los terribles cosacos de Rusia. La multitud no creyó en tanta ignominia y siguió marchando adelante... adelante...

De pronto, el sonido fatal del clarín resonó por el aire frío y triste de Petrogrado. Tras del sonido, el sordo rumor de los fusiles. El plomo maldito abre sobre la enorme multitud una brecha formidable. Los cuerpos caían pesadamente sobre la nieve... caían los cuerpos de mujeres, niños y hombres, de hombres que daban a Rusia su sangre toda para fecundar con ella la semilla de las futuras siembras...

Más de cinco mil cadáveres se recogieron después... y los heridos se contaron a millares también... El miserable zar aquella noche durmió tranquilo. Ya no esperaba otro día de tristes sucesos. El padre del pueblo estaba satisfecho de su obra nefanda.

Gapón, milagrosamente salvado, pudo dirigir una proclama al pueblo, enérgica y desesperada. El cordero se había vuelto león!

"Compañeros, trabajadores, hermanos de sangre! Nosotros nos hemos acercado al zar en busca de la verdad y de la defensa. Nosotros habíamos avisado a sus ministros de nuestra decisión. ¿Qué ha pasado? La sangre inocente ha sido derramada. La fiera-zar y su canallesca autocracia han querido hacerse verdugos de nuestros hermanos inermes, de nuestras mujeres y de nuestros niños. El plomo de los fusiles zarescos no ha respetado tampoco la efigie del zar que llevábamos en alto como signo de devoción. Venguémonos ahora, hermanos, venguémonos de él y de toda su estirpe maldecida por los siglos de los siglos..."

"Quien en esta hora no está con el pueblo está en contra del pueblo. Hermanos y compañeros: yo, sacerdote, os concedo de apoderaros en cualquier parte de víveres y armas. Elevad barricadas, exterminad a la policía, invadid los pa-

lacios. A los soldados y oficiales que han derramado la sangre de los hermanos, a los torturadores del pueblo, vaya mi más tremenda de las maldiciones. A los soldados que tenderán la mano fraternal al pueblo en su lucha por la libertad, vaya mi bendición eterna. Yo absuelvo de su juramento a todos los soldados del zar traidor que se unen a la causa del pueblo mártir. Hermanos y héroes, no desmayéis, tened fe en la victoria, la sangre que ha sido derramada será fecunda para nuestro porvenir.''

La Revolución, desde entonces, había dejado de ser obra subterránea y se había hecho un problema colectivo. Todos estaban impregnados de la idea de un cambio de régimen, todos vislumbraban de lejos nubes borrascosas, también el zar y sus consejeros vieron el peligro que se acercaba, y para ahuyentarlo pensaron en la creación de un cuerpo representativo, creado por decreto imperial: la Duma.

Es el principio del fin. Nicolás II tomó el mismo rumbo de Carlos I de Inglaterra y de Luis XVI de Francia. Mañana desconocerá esa representación, encarcelará, perseguirá a sus miembros, y volverá de nuevo a las andadas, pero se formarán nuevas dumas y nuevas acusaciones se harán a la autocracia. Es el principio del fin.

Santiago Locascio.

(Apuntes cronológicos sobre la Revolución Rusa, ''Vida Nuestra'',, Buenos Aires, febrero de 1917).



Cuando veáis que llevan un hombre a la cárcel o al suplicio, guardaos de decir: Este hombre es un malvado, que se ha hecho reo de un crimen contra los hombres.

Porque acaso es un hombre de bien, que ha querido servir a los hombres, y por cuyo intento le castigan los opresores de la humanidad.

Cuando veáis un pueblo cargado de cadenas y en manos del verdugo, guardaos de decir: Ese pueblo es un pueblo violento, que quería violar la paz de la tierra.

Porque acaso es un pueblo mártir, que muere por la salud del género humano.

Lamennais.

COLABORACIÓN DE ITALIA (1)

LA CANZONE DI GAPONI

A Santiago Locascio, conmovente narratore del martirologio dell'Anfizionato Slavo.

G. E. GAETA.

I

"Pope Gaponi, guida i popoli a l'Era nova"
dissero i morti da le acque de la Moscova.

"Avanti! Avanti! Noi, noi cacciammo a la frontiera
l'Attila córso, con l'armi e le fiamme di Mosca;
noi lo cacciammo fra le rosse tombe di ghiaccio,
e da Brusselle ne l'oceano, lungi da i campi:
udimmo, l'alto grido de'l giovine d'Aiaccio,
— grido feroce di conquista — e, fra i rossi lampi
di guerra, erta, vedemmo l'imagine fosca
d' un re novello: noi lo cacciammo a la frontiera!

Ma la bandiera bianca, la crociata bandiera
di Sant'Andrea, non fu mai labaro di pace,
qui, dove, un giorno, rosso di sangue Caterina
sali su'l trono pestando l'ucciso consorte,
qui, dove l'acque de la Neve narran la morte
d'un Alessandro: noi mettemmo su la rovina
d'una corona un'altra corona, e predace
fu la bandiera bianca, la crociata bandiera!"

"Pope Gaponi, guida i popoli a l'Era nova"
dissero i morti da le acque de la Moscova.

---

(1) Al iniciarse la publicación de VÍA LIBRE solicitamos a varios escritores de Europa y de América su concurso intelectual. El excelso poeta amigo *Giovanni Ermete Gaeta*, nos remite esta *"Canzone di Gaponi"* para el número de VÍA LIBRE que conmemore la Revolución Rusia de 1905, en donde el pope Jorge Gapon fué el alma de ese movimiento precursor. No la traducimos porque su belleza desaparecería con su traducción. La damos como está en su idioma original, seguros de que será apreciada por el lector como una página sugestiva de elevado arte revolucionario. — (*N. de R.*).

"Sovra l'azzurra croce, a la polacca barriera,
scrisse Kosciusko l'ultima parola di guerra
tra l'iraconda ciurma regale de i cosacchi;
ma noi corremmo, noi figlioli de la Vistola,
corremmo pronti per la difesa de i bavacchi,
dimendicando quella dolorosa parola...
Poi l'orda de i cosacchi su la nostra terra
portó l'azurra croce, per la rotta barriera,
e fummo schiavi! Vá, pope, *sovra la Vistola*
desta Kosciusko, e marcia sul'ultimo Nicola!"

II

"Pope Gaponi, porta la luce a la miseria"
dissero i morti da le nevi de la Siberia.
"Noi chiedevamo un solo raggio di vera luce,
e fummo eternamente proscritti de la terra:
vedove steppe, gelati paduli e muschiose
lande da torno ci precludevano la vita;
ma, rauco, ancora sonava 'l grido de le rose
visceri infisse su 'l Cáucaso, e qui, ne la trita
gleba ghiacciata, mettemmo il germe de la guerra:
il pensiero, germe che cerca un raggio di luce.

Lasciammo sole, forse perdute ne la truce
ansia le madri, le madri deboli a lo sciempio,
le madri afflitte che son la condanna de i re.
E lo staffile anche a tua madre, o sacerdote,
sferza la schiena, mentre sovra la gialla cote,
il boia tempra la scure, la scura de i re.
Vá, sacerdote, apri per le genti un altro tempio:
chiudi quel de la Madonna di Kasan: e truce!"

"Pope Gaponi, porta la luce a la miseria"
dice l'osanna da le nevi de la Siberia.

Da le capanne coniche, i manciú contra 'l duce
de' cosacchi s'armarono, e gli rupper lo scettro;
su da le steppe surser gl'iloti furibondi
e il loro sangue intinse la Neva di rosso:
¡Avanti! ¡Avanti! 'l novo esercito s'é gia mosso
Gaponi marcia verso la leggenda. T'ascondi,
vecchio zar, vecchio despota, tu sembri uno spettro.
A l'affamate turbe parló quel sacro duce:
salí a l'altare: pronunció la sua parola:
disse a i rejetti: Questo sía l'ultimo Nicola!

GIOVANNI ERMETE GAETA.

Su le acque di Capri il di 15 ottobre 1919.

LA HUELGA

Era al despertar el día, un magnífico día de sol. En la ciudad dormida reinaba un silencio de muerte. En la ribera, el río respiraba fatigosamente.

Vapores transatlánticos, barcos con sus velas extendidas, estaban allí, inmóviles y desiertos como en un día de fiesta. En la orilla, yacían inmensos y numerosos bultos, esperando una mano que los transportare a bordo de los piróscafos, anclados a poca distancia.

Ese día los brazos fecundos de los trabajadores del puerto estaban lejos de la cotidiasa labor. ¿Por qué tal fenómeno? ¿No es acaso el trabajo guía segura del hombre? ¿No es también fuente de riqueza, beso de vida? ¿Por qué entonces el hombre lo despreciaba tan repentinamente?. Un enigma feroz envuelve estas preguntas. ¿Quién es capaz de descubrir sus móviles? ¿No seremos nosotros quizás la causa misma del enigma?

La filosofía de la vida nos trae terribles desengaños. El hombre rey del mundo, el hombre causa del mal. ¿Dónde está, pues, nuestra potencialidad? ¿Por qué nuestras fibras electivas no funcionan favorablemente sobre nosotros, sobre nuestro cuerpo y sobre el entero cuerpo social?

El hombre — el continuo trabajador, el emprendedor de las cosas, el investigador de los fenómenos naturales — nada ha dejado en su estado primitivo: todo lo ha transformado en sentido benéfico y para su propia utilidad. El ha atravesado océanos, ha perforado montañas, ha perfeccionado admirablemente todos los medios de transportes para hombres y cosas, a fin de que los unos y las otras pudiesen atravesar mares y tierras y hacer de este modo, fácil el acercamiento de los pueblos y de las razas. En el campo astronómico ha descubierto todos los fenómenos que rigen el movimiento y la existencia de los mundos y de los astros. En el campo político y filosófico el hombre ha pensado en la desaparición de toda coacción y tiranía.

Pero lo que aun no ha sabido consolidar y armonizar, es la relación existente entre la producción y el consumo. Todos los esfuerzos hechos en este sentido, no han contribuído a mejorar la miserable situación del productor, como tampoco ha hecho desaparecer la laguna existente entre éste y el consumidor. Y ¿cómo poderlo hacer, ya que determinados individuos, elevándose por encima de las muchedumbres, formaron un sistema social de utilidad meramente individual? En efecto: este sistema data de la noche de

los tiempos, y, ha venido dominando hasta nuestros días con una vigorosidad sorprendente; tanto que hoy ya se hace imposible la reacción contra este sistema arbitrario elevado por fatalidad histórica a una necesidad social. Una prueba: intentad violar una sola de sus cláusulas, y veréis bien pronto, que no es posible seguir haciéndolo, por cuanto todo el engranaje se resentiría y estaríais obligado a renunciar al ensayo toda vez que os veríais imposibilitados a seguir el camino contrario a tal sistema.

Si bien es cierto que en todas las épocas han habido iniciativas poderosas para conseguir el cambio de este estado de cosas — perjudicial al desenvolvimiento humano — también es cierto que ese cambio se ha verificado a medias, dando más tarde resultados negativos. Porque más que evoluciones reales, han sido ilusiones populares y farsas gubernamentales. Por ejemplo: ¿Quién no cree hoy que la esclavitud ha sido abolida no viendo al negro comprado o vendido por el individuo blanco? Es verdad, hoy ya no existe el vasallaje, todo esto ha desaparecido. Sin embargo, el más vulgar observador ¿no advierte que son los nombres de las cosas los que han cambiado? El esclavo existe, el vasallaje también existe, como existen el "señor" y el "tirano."

El nuevo sistema ha mantenido el derecho de propiedad. Hoy ese derecho está consagrado por todos los Estados desde el más autócrata al más democrático. El derecho de propiedad crea privilegios positivos: coloca en las manos de pocos individuos riquezas inmensas: estas riquezas consisten en tierras, instrumentos de producción, medios de transportes, etc. Los acaparadores son los menos aptos para trabajar la tierra, para utilizar los instrumentos de producción, para dirigir los medios de transportes. El Estado — antes feudal, hoy representativo — consagrando el derecho de propiedad ha debido crear un valor de cambio para que esta propiedad pudiera pasar de un poseedor a otro. Este valor es el dinero; por tanto el que posee dinero puede adquirir tierras, productos, etc. Y como con el dinero no resuelve la incapacidad de trabajar la tierra, de utilizar los instrumentos de producción, de dirigir los medios de transportes, el acaparador vése precisado a recurrir a hombres idóneos para los mismos; individuos que no poseen bienes de ninguna especie, individuos que para vivir tienen necesidad de vender sus fuerzas y sus habilidades en provecho de terceros, los cuales le imponen condiciones, exigiéndoles una producción de diez en recompensa de tres. De lo que resulta clara y lógicamente que este sistema de oferta y demanda (que en el fondo es un salario limitado y obligatorio que substituye al derecho de manutención que tenía el esclavo) trae como consecuencia inmediata la desigualdad económica de la sociedad, porque el obrero jamás podrá emanciparse de la tutela patronal, por cuanto la recompensa del trabajo hecho es siempre inferior a la suma que necesita el individuo para llenar debidamente las necesidades de la vida. Y esto da por resultado la eterna miseria del productor. Además, los po-

seedores se han constituído de un modo tan sólido que hace imposible toda reacción contraria por parte de los productores. Esta impotencia del productor determina lógicamente un desinterés absoluto para la producción. El obrero no labora con la avidez debida; busca el modo de satisfacer una penosa necesidad, y de no perecer de hambre en una palabra. Otros prefieren abstenerse del trabajo y dedicarse a la vagancia, que a su vez degenera en delito. Este delito determina una nueva forma de esclavitud, más cruel, más horrible aún que la del salario; esta esclavitud es la carcelaria. La institución carcelaria, surgida en un principio con el fin de reprimir el delito, ha dado después por resultado el aumento de la delincuencia, aumentando al mismo tiempo la falanje de desgraciados que pueblan esos antros malditos.

Ante este mal irremediable, una nueva filosofía nace: la cual da por tierra con el sistema de la propiedad, y, crea una nueva forma social en la que el hombre es autónomo ante los demás hombres. Quiere en fin la expropiación de los bienes acaparados por la minoría. Quiere que estos bienes sean administrados y trabajados por todos los individuos de la sociedad, haciendo desaparecer de hecho la terrible institución del salario, causa principal del desequilibrio social que paraliza las fuerzas humanas. El trabajador, que sabe muy bien no ha de disfrutar de tales ventajas que le brinda la ciencia, no secunda debidamente la obra colectiva.

"La tierra al agricultor, las máquinas a quien las maneja." He aquí la síntesis de la nueva filosofía, síntesis que nos dice de modo rotundo que solo el productor debe ser el dueño de todas las riquezas sociales.

El obrero que intuye la nueva fórmula, siente hoy la imperiosa necesidad de contarse y como ve que constituye la fuerza del número, empieza a imponerse a sus patronos, no pidiendo quizás la liquidación social definitiva, pero exigiendo en cambio un tratamiento más humano, un salario menos irrisorio, un trabajo menos penoso, reclamando en fin más vida, más pan, más goces.

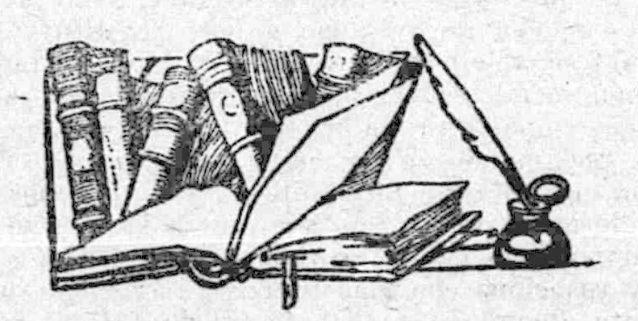
He aquí, que el gesto se manifiesta. Los patronos, acostumbrados a considerar al obrero, no como un hombre sino como un esclavo, no quieren escuchar estas justas exigencias. La masa no desespera y reacciona con más fuerza, y, ante la brutal negativa, resueltamente abandona el trabajo. ¿Triunfa? No lo sé. Lo que veo es que las máquinas no funcionan, la tierra no produce, el transporte no se hace; lo que veo es la desolación, la miseria, el silencio de muerte. ¿Qué sucede? Los brazos productores están inertes, todo está inerte. Y los poseedores ¿qué hacen? Nada. Ellos no constituyen la fuerza; ellos son impotentes. ¿Ceden? Hoy tal vez no Mañana sí. Cederán. Y el obrero se fortifica, adquiere convicciones y sigue su camino. El período se hace agudo, las conciencias van formándose, y las huelgas se suceden de día a día en una proporción alarmante. Los capitalistas se unen, el Estado los

protege; pero el obrero lo posee todo, mañana será más potente que hoy, por que sabe que si hoy él está dispuesto a abandonar las fábricas, mañana sus hijos se rehusarán servir a los poseedores, y entonces la victoria coronará los esfuerzos de los obreros. ¡La nueva filosofía reinará sobre la tierra!

Libre el campesino, libre el artista de las garras de sus explotadores, ellos producirán siempre sin límites de ninguna especie. Producirán para la humanidad redimida, la cual libertada, al fin, del yugo tiránico del capital, caminará con la frente erguida hacia un porvenir de paz y de libertad. Y después... ....
... ...
...Después... ... ...
... ...

Sin poder evitarlo, inconscientemente, mi vista vaga por el puerto. Ya no está desierto. Las chimeneas de los vapores lanzan compactas columnas de humo, las velas de los otros barcos se rizan... Unos hombres van cargando los innumerables bultos que yacían en la orilla. En las bocas de estos hombres florece un canto de triunfo...

Santiago Locascio.



Revolución social y Dictadura Proletaria

La Revolución Social ya no es utopía simple, lírica e ingénua de espíritus hiperestesiados por el dolor de las multitudes. Hoy a la Revolución se le concibe y se la conceptúa factible, no ya tan solo por las masas trabajadoras y sus teóricos sino que hasta por sus propios enemigos. Es que ella ha pasado del plano metafísico de las ecuaciones abstractas, al terreno de las realidades tangibles. El deseo revolucionario se materializa.

Con este hecho, háse abierto la humanidad un nuevo ciclo para su historia. Hasta ayer el concepto de gobierno y de obediencia que rigiera la vida de los pueblos, fué ley y fué costumbre, y fué delito contrariar sus enunciados. Mas, desde hoy en adelante otras serán las normas, normas basadas en la libertad, en el libre acuerdo, en el mutuo apoyo. Y por primera vez en el mundo el pensamiento será libre.

¡La humanidad tenía fatalmente que llegar a ese punto! Forcejeando desde los albores de la vida civilizada, viene de revolución en revolución avanzando a través de infinitos obstáculos, que las taras de bárbaros ancestralismos se oponían a la propia liberación. Empero, la causa de la libertad no pudo ser detenida. Así ha llegado hasta nuestros días, cada vez más grande, mejor definida, más luminosa y bella.

Si ayer la revolución amalgamaba en sus postulados de libertad ideas de absurdos deismos como en la edad media, o fórmulas de gobierno como la que culminara con el triunfo de la burguesía en las postrimerías del siglo XVIII, en la hora presente, depurada de toda maleza, proclama a la faz del mundo de frente a todos los tiranos, la libertad integral del hombre. Y condensa en esta síntesis suprema, su derecho, también supremo: sin dios, sin amos, sin gobiernos.

El hombre, cansado de las mentidas milagrerías de los dioses, ha puesto sus facultades reflexivas en la ciencia; irritado contra sus amos que le explotan y le succionan su sangre hasta dejarle exangüe en aras de la perenne holganza y de las arcas de caudales, que les permite perpetuar su parasitismo odioso, pone frente a ese estado social de infamia, su concepción comunista de la vida y del trabajo; y frente al Estado tiránico y brutal, cuya razón de ser solo reside en el filo de los sables y en las bocas de los cañones, él opone su autogobierno y se subleva contra su despotismo y tiranía, y proclama la igualdad política, económica y social, de todos los hombres. ¡Es la hora de la Revolución Social! ¡Es la hora de la quiebra total de los viejos valores morales, jurídicos y económicos de la burguesía! ¡Es la hora de la redención! ¡Salud, salud, y estrechemos nuestras manos, revolucionarios del mundo!

La Revolución no *viene* sola; ella hay que *hacerla*.

Realizar la revolución supone que ha existido, primero: el deseo, y después la preparación.

Si en el ataque revolucionario a las posiciones burguesas se triunfa, no por eso desaparecen todos los peligros a que necesariamente está expuesto todo cambio, toda innovación. La contrarrevolución queda latente, atisbando todas las posibilidades para embestir al nuevo orden de cosas. Esto es lógico. Es hasta si se quiere, humano; porque no hay que pensar, que los elementos reaccionarios se conformen mansamente, con la pérdida de sus privilegios y prebendas. Es por eso que se hace necesario pensar, en asegurar el triunfo de la revolución. Y de ahí, de este pensamiento, surge también la idea de que para defender la revolución, el arma más decisiva es la dictadura proletaria.

La dictadura proletaria no encarna peligro alguno para la libertad. Es por el contrario, un agente, el factor principal de defensa de la libertad misma. No va a herir la individualidad de nadie, si no hay nadie que pretenda lesionar las conquistas de la revolución.

La dictadura proletaria, difiere en absoluto de todas las dictaduras conocidas. Ella es el arma defensiva y ofensiva de la revolución. Ella evita el estado caótico del día siguiente de la revuelta, que es siempre el de mayor peligro.

Ejemplos dignos de que los trabajadores no los olviden, son las terribles y dolorosas reacciones de Baviera y de Hungría, donde el proletariado no supo imponerse con la entereza que tales circunstancias requieren.

Es necesario tener presente, que no solo las burguesías son los enemigos de la revolución. Hay por desgracia, esclavos que están de acuerdo con sus cadenas. Los campesinos húngaros y bávaros no ayudaron al proletariado industrial de las ciudades. Aceptaron, sin embargo, la socialización de la tierra mas no compartieron el deber de repartir sus productos.

Cuando los revolucionarios húngaros pensaron que se hacía imperioso dejar de lado escrúpulos ideológicos para salvar la revolución, echando mano de la fuerza de la dictadura proletaria, era ya tarde. Los reaccionarios habían tomado las mejores posiciones.

Mas aún; si la revolución se sostiene triunfante en Rusia, es gracias a que desde el primer instante, se supo sacar todas las mejores ventajas sobre el enemigo, de la fuerza de la dictadura proletaria.

Si somos partidarios de tal fórmula, es porque la lección de los hechos así lo aconsejan.

No llevamos dentro de sí ningún dictador ¡no! Sólo queremos que cuando llegue la hora del triunfo, él no sufra quebranto ni descalabro.

Por eso estamos de acuerdo; por eso la recomendamos a los trabajadores.

H. Rosales.

Tercera Alcaidía. Cuadro 3. 12-15-919.

CUENTOS DE REYES

Era media noche cuando Periquín, el chico de Suárez, el guardián del Museo, creyendo escuchar ruido, saltó de la cama, salió fuera de su habitación y se convenció de que, en efecto, un rumor extraño venía de la sala de los primitivos.

El chico no era medroso, aunque la obscuridad y el silencio de la Pinacoteca le disculparían de todo miedo, y se acercó a la puerta de la escalera, tratando de inquirir la causa de aquel ruido insólito que sonaba cada vez más fuerte. Un reflejo débil, suavísimo, que no parecía nacer de terrenas luces, iluminaba algo el recodo tenebroso, y en el silencio del Museo, Periquín escuchó lejanos y dulces cánticos, murmurante masconeo de preces, que se repetían acompasadas.

Deseoso de averiguar la causa de tan extrañas voces, Periquín bajó algunos tramos, y acercándose cuanto pudo a la sala, alcanzó a contemplar un espectáculo extraordinario y fantástico.

Las cámaras donde de ordinario se exhiben los cuadros, estaban iluminadas por un resplandor vago, opalino, cabrilleante, que se adhería a los muros como un tapiz luminoso, y bajo aquel revestimiento se escondían las invenciones terribles de Brueghel el infernal, las brujas de Patinir, los codiciosos cambiantes de Marinus, las tablas extrañas, semianatómicas de Huys, en las que duendes y trasgos bullen entre vísceras medio podridas; las cacerías grisáceas de Chranach; todos los cuadros de dolor, donde sangran los Crucificados y sollozan las Marías. Pero esta muralla de luz agujereaba su nacarado reflejo ante las imágenes de los Santos, de los Angeles, de las Vírgenes, de los Doctores elocuentes y de los Ermitaños hirsutos, formando rectángulos de claridad más viva que correspondían al sitio ocupado en las pinturas por los Elegidos, quienes abandonando los lugares donde los sujetaron los pinceles, desfilaban por la sala al son de los cantos escuchados por Periquín.

Venían primero los Angeles, que, bajo la simetría de su pelo partido, mostraban el rostro rosado y mofletudo. Capitaneados por la andrógina figura del arcángel Gabriel que Fray Angélico de Fiesole trazó sobre la tabla, los puros espíritus pasaban, pulsando a compás, instrumentos olvidados, mientras las Vírgenes, portadoras de los cuchillos, de las cuerdas, de los encendidos tizones con que las martirizaron los idólatras seguían a los Angeles y entonaban antífonas ingénuas, redondeando las níveas gargantas como palomas que arrullan. Luego venían los Doctores, los Apóstoles barbados, los Pontífices con sus tiaras, los Mártires cubiertos de sangre, y también cantaban todos, y al entonar los salmos, sus

graves voces profundas eran cual un fondo obscuro sobre el que ascendía la pureza cristalina de las antífonas virginales. Y al final de la comitiva vió llegar el asombrado Periquín a los Reyes Magos, que en el tríptico de Gerónimo Bosch presentan sus ofrendas. Venían majestuosos, serenos, llenos de unción. Los dos Reyes blancos, envueltos en la magnificencia monócroma de sus mantos, mientras Melchor aparecía adornado con perlas, revestido del túnico níveo, porcelanezco, erizado de hojas de cardo con que le pinta el artista. Los tres Monarcas pasaron al son de los cánticos, portadores de navetas fulgentes, de cálices chispeantes, donde yacían el oro purísimo y el incienso y la mirra.

La comitiva desfiló, y Periquín la vió llegar devotamente hasta el cuadro de Petrus Cristus, en el cual la milagrosa luz velaba todos los personajes, a excepción del desnudo Infante que yace en el suelo. Cuando estuvieron ante el niño, los Angeles volaron, enrracimándose sobre el marco; las Vírgenes, los Doctores, los Mártires y los Ascetas se replegaron en dos filas; por medio pasaron los Reyes, y acercándose al portentoso cuadro adoraron, santos pintados, al pintado Niño, que les sonreía.

Después, lenta, pausadamente, la procesión pasó otra vez, mientras los cánticos seguían más suaves, más lejanos, perdiéndose en lontananzas misteriosas, y las ventanas de luz se cerraban según volvían los Escogidos a los cuadros que los hospedaran. Poco a poco las filas aclaráronse; cada Angel regresó a su sitio; las Vírgenes volvieron a sonreir a sus verdugos; los Solitarios tornaron a sus tentaciones; los Mártires a sus suplicios; los sabios Prelados a sus controversias. La claridad portentosa acompañó a los Magos hasta su tríptico; luego se extinguió, y todo quedó obscuro, en tanto que Periquín subía otra vez la escalera, frotándose los ojos, los ojos inocentes que vieron lo que sólo contemplan las pupilas ingénuas de los niños y las cándidas almas de las histéricas.

Mauricio L. Roberts.

EL INVALIDO

(SOLILOQUIO)

El Himalaya de oro, cúspide sólo accesible para el dios Millón, reluce magnífico. Dóciles corifeos forjan el aurífero pedestal. Aquí, sentado en la desvencijada silla, contemplo su resplandor y veo cómo le rinden vasallaje. Asciende él y yo desciendo. Mejor dicho, él pudo alcanzar su "Mantgolfier" para salvar distancias y dominar las más empinadas cumbres...

Estuvimos los dos en una misma lucha: la del trabajo. ¡Dios mío! Gasté mis fuerzas y él conservó las suyas. Si vigor le falta, no al impulso bravío, sino a la desmedida enervación cabe achacarlo. Tanto puede agotar el desenfreno como la fatiga. Tuvo afanes, sí; no es sólo el esfuerzo muscular el que desgasta y rinde. Hay un roedor más tremendo todavía: la mente. Los dos completábamos un fin. ¿Por qué vuela él mientras yo sólo acierto a arrastrarme?... ¡Cuánto ganó!... Si no las acuñé, vi acuñar esas monedas... yo contribuí a arrancar el oro... yo me afané en el trabajo, atento al espléndido filón... Me pagó el salario religiosamente... cumplió lo convenido, ¡ea! Nadie puede ponerle tacha de injusticia; de codicia tal vez sí. Pagaba él y trabajaba yo; él lucraba y yo perdía... Perdía, sí, señor; todos tenemos que perder, unos dinero y otros salud... Y bien, sí, concedido... ¿Qué él exponía su capital en la empresa?... ¿No expuse yo mi vida cien veces?... ¡Bien lo recuerdo!... ¡dichosa juventud, pasada en la caverna!... ¿Hubo equidad entonces?... No sé. Lo que sé es que me falta hoy a mí lo indispensable... y goza él de lo superfluo.

* * *

¿Qué soy? Un objeto. ¿Qué recurso me queda? Un asilo. ¡Si al menos hallara yo ese único recurso con facilidad!... Cuando reconozco que soy una pesada carga para quienes me amparan, padezco lo indecible.

Lo dicho, ni fuerzas ni vigor; al paso que él... ¡qué rollizo!... Dijéronme que no le faltan penas... ¡Oh!, los duelos con pan... ya lo reza la copia.

Mi cuerpo se agacha, pero no se abate mi espíritu. La razón es mi patrimonio; esto no lo he perdido. Sé positivamente que no tuve la dicha de agradar a la fortuna, que por esto no he de exigir que se me igualen los afortunados. No, jamás he pensado en que nadie descienda; en lo que he pensado es en ascender yo un poco. De unos a otros hay una distancia; dos pueblos, pinto el caso, uno costanero y otro ribereño; ¿dos compadres *quieren verse?*... Con bajar uno un poco y subir el otro el resto, se estrechan la mano tan campantes, sin detrimento para sus respectivas individualidades. Esta especie de *reparto*, que me había parecido lógico, apuntáronme que no tiene sentido común. Como admiro a los sabios más que a los ricos, me callé. ¡Por no tener, ni caletre!... Me callé, he dicho, y no insistí más; pero la idea de que existe una disparidad excesiva, ni los ricos ni los sabios han conseguido borrarla de mi imaginación. Será porque padezco, y el que padece desbarra a veces. ¡Estas pícaras piernas, que apenas si me sostienen!... ¡estos brazos cuya energía pudo cotizarse un tiempo!...

* * *

Al caer de la tarde, a la hora del ocaso, le vi en el cementerio una vez... no hace mucho, cuando yo todavía podía andar más o menos y distraerme... Erguíase el ricacho contemplando el panteón que le estaban construyendo. ¡Soberbia obra! Mármol y bronce de cuál más y mejor. ¡Qué buen gusto y qué riqueza!... He oído hablar de arte... lo más libre, lo más honroso, lo único quizás que sabe desdeñar riquezas. En aquel momento volví a disparatar — ¡Dios me lo perdone!, — murmurando: ¡Oh, Arte!... ¡Hasta tú, hasta tú!... Sí, confieso que fué una majadería. ¿Qué más natural? Para labrar el mármol o para fundir el bronce, lo primero es adquirirlo. El bloque hay que arrancarlo de la cantera, el metal hay que extraerlo de la mina, combinarlo y fundirlo en el horno. Para todo esto lo que se necesita es moneda. Sí, señor, ¿por qué no? Hasta el producir belleza supone un gasto. ¡Medios!... He ahí el punto de apoyo que pedía Arquímedes.

El prócer diría "in mente": "Ahí descansarán mis restos... En este altar podrán mis propios elevar sus preces, rezar a mi memoria al ras de mis cenizas, junto a mis huesos... Mi nombre figurará ahí esculpido brillantemente..." Yo le miraba fijo, muy fijo; leía en su rostro cuanto pasaba por su imaginación; traslucía a través de su epidermis la hinchazón del orgullo... Y me volví

rápido, miré en torno, herido por esta idea súbita: ¡Cielos! ¿Y mi tumba dónde está?... ¡Ah!, en el montón anónimo... allí estarán mis restos... ¿Quién podrá distinguirlos?... ¡¡Mísero derecho al "spoliarium"!!

* * *

Me volví a casa trémulo. ¿A casa? ¡Qué sarcasmo!... Tengo un hijo que fué mi encanto y es hoy mi sostén... El pobrecito había ya agotado los recursos. Se hereda la desdicha como los bienes de fortuna. El casero vino diciéndole: — Si no me pagas, vete a la calle. Estaba en su derecho; un derecho... legal, incuestionable.

Vi correr las lágrimas por el atezado rostro de quien, por filial abnegación, sufre doblemente con mi pesada carga... Sí, le sorprendí llorando a solas en silencio, y aunque procuró ocultármelo, ¡ojos de mi alma, qué bien, qué bien lo vísteis!... A mi oído, algo así como voces ultraterrenas decían: "¿Por qué suspiras?, ¿de qué te quejas?, ¿no es esto lo natural, y más que natural irremediable? ¿Vas a rebelarte?, ¿vas a contrarrestar el curso de la corriente que lo avasalla todo?" Yo quería protestar, hacer uso de energías, romper, herir, demoler... ¡Qué locas ansias de mi espíritu, y qué soberana pequeñez y ruindad de la materia!...

Y pensando en morirme, deseando morir, con unos deseos horrosos de agregarme a aquel montón confuso que había recordado antes, me caí, mejor que me senté en esta desvencijada silla. Volví a mirar por la ventana... ¡¡y creí ver que la efigie del dios Millón, iba subiendo en hombros de cien míseros, hasta ser colocado en el pedestal!!...

Sebastián Gomila.



La hidra de la calumnia

—Hemos quedado, sobre poco más o menos, en que para eludir el comentario malevolente: — ¡la calumnia! — hay un medio cómodo y seguro; el anonimato.

Cómo para no suscitar grandes antipatías es indispensable una cosa: no actuar. Todo esto lo resumía de un modo gráfico cierto camarada nuestro.

—¡Te estás haciendo de muchos enemigos! — le decíamos.

Y él filosofaba estóico:

—Señal de que adelanto.

Es natural. Quién lucha, por muy levantados que sean los móviles que le animen, halla resistencias más o menos invencibles. Esto último depende del carácter. El que se deja "flotar", el que avanza llevado por la corriente, el "hombre corcho", tarde o temprano halla lugar seguro. ¡Es tan vasta la playa de la vida!

Pero es que a la vida, un hombre no viene para flotar simplemente. Viene para vivir. Y vivir es resolverse, es luchar. Luchar contra todo lo malsano y lo absurdo. Ahora bien: si el artista, el político, el hombre de ciencia, y el artesano inteligente, a cuenta de sus deberes — desvelos para lograr prestigios; es decir, reconocimiento, autoridad, consideración — no hallan sino ingratitudes ¿no es muy posible que deserten?...

Hay que partir del principio de que son los menos aquellos que gustan de verse atacados. "El tener muchos enemigos significa grande honor", de los alemanes, es algo que a nosotros, los latinos, nos viene demasiado grande. Un poco líricos, plácenos ser útiles a nuestra sociedad y a nuestro tiempo. Sembramos afectos... ¡para recoger el híspido abrojo de la ingratitud!

Llega un día en que esto nos descorazona. Hemos trabajado por el bien colectivo. Nuestro esfuerzo nos da nombre. Y este nombre, a poco, es corroído por la calumnia. Entonces nos sublevamos contra la sociedad tan injusta como estúpida.

Nos hacemos egoístas. A partir de ese día, no realizamos sino lo que nos favorece. "Seamos duros", decimos con Nietzche. Con una

filosofía arreglada a las circunstancias, como aquella de Gracián. "¡No perezcáis de desdicha ajena!", fácil es salir del paso.

¿Qué se hunde el universo?... Perfectamente. Salvándonos nosotros, no hay por qué sentir intranquilidad. ¡Ah, ignorancia crasa de las multitudes!

¡Cuán inconscientes suelen ser los que nos rodean! Somos poetas, alquimistas, inventores, orfebres... La gloria nos seduce. Pedimos a costa de un gallardo, doloroso y continuado esfuerzo, un poco de consideración, un tibio álito de popularidad... ¡Cuánto para irnos engañando, hasta tanto llega la gran igualadora, la muerte!...

Y no se nos concede. Al contrario: se nos ridiculiza, se nos moteja, se nos calumnia... ¿Qué recurso nos queda?... Uno muy eficaz: el de hacernos hombres prácticos. Es decir, calcular el pro y el contra de nuestras acciones, hacernos positivistas...

De lo contrario, caer en la más horrenda misantropía. ¿Y qué sucede luego?... Que los malvados, los sin escrúpulo, los que todo lo sacrifican a su medro, se adueñan de las posiciones abandonadas.

De todos modos, como hace notar Mr. Finot, las acusaciones más deshonrosas, nada suponen para los cínicos congéneres. El peligro de los demás, es inmenso, como véis.

Bienvenidas esas ligas que tienen por objeto defender al hombre de vergüenza, al hombre pundonoroso... La calumnia es una hidra contemporánea. Y no hay que olvidar que las cabezas de tan abyecto vestigio — ¡por muchas que sean! — también pueden cortarse...

Vicente A. Salaverri.

Montevideo.

La Evolución del arte en la Escena

La evolución en el arte escénico viene a contribuir al mayor desarrollo de los ideales de regeneración y a esparcir fructífera semilla revolucionaria, convirtiendo la escena en verdadera tribuna de propaganda.

Los autores "modernistas" no se preocupan en adornar (?) sus obras con escenas fantásticas y absurdas, con personajes creados por la fantasía o por la preocupación estúpida de la masa, y, sobre todo, no echan mano de aquellas repugnantes escenas de recurso, que para conmover al público ignorante y arrancar su aplauso, convierten el foro en un cementerio.

Dejando aparte el tan manoseado y ya ridículo romanticismo, desechando rutinarismos y escenas de pésimo gusto, en las que el arte desaparece para dar plaza a lo absurdo; sin recorrer, en fin, a Quijotes ni a Tenorios, a "espadachines" ni a "traidores", los autores modernos basan sus obras en cuadros de la vida real, y sin apartarse de lo evidente y positivo, descorren el velo que cubre el cáncer social y denuncian en público los males y los vicios de que está infecta la actual sociedad, al mismo tiempo que consiguen que el espectador estudioso, impresionado ante la amarga realidad, se extienda en consideraciones y busque el remedio para exterminar el mal que aqueja a la gran familia humana.

Enrique Ibsen ha sido uno de los iniciadores de esta evolución, de tan buenos resultados para la emancipación del género humano. Casi puede decirse que él fué quien abrió el camino, el que otros talentos han ensanchado, dando así al nuevo arte mayor apogeo.

¿Quién que en su cerebro bullan ideas de libertad y justicia, de luz y progreso, no se entusiasma viendo representar, por ejemplo, "Un enemigo del pueblo" o bien "Los espectros", del mencionado Ibsen?

En la primera nos presenta al hombre científico e investigador, eminentemente humano y razonable, luchando enérgico y decidido por amor a sus semejantes, teniéndoselas que haber con el opresor caciquismo, que le impide exponer libremente lo que siente; con las iras del populacho imbécil, que, dominado por los burgueses del lugar y fascinado por lo que él cree que son verdades y que publica "El diario del pueblo", insulta y apedrea a aquel propagador de ideas justas y humanas; y, por último, con la prostituída prensa, que para complacer a las autoridades y conquistarse la benevolencia del capital, desfigura y transgiversa los conceptos lógicos emitidos por el doctor Stockman, que es el personaje que eludimos.

Pero el doctor es de temperamento enérgico y batallador, y si bien es cierto que por un momento cruza por su mente la idea de partir a lejanas regiones, rechaza tal idea a pesar de tener conjurados contra él tantos elementos: — No, aquí es el campo de batalla y aquí tengo que batallar, y puesto que la razón está de mi parte, tarde o temprano he de vencer.

En toda la obra el personaje creado por Ibsen está admirable, más que admirable sublime, especialmente cuando recordando el odioso caciquismo que por doquier impera, exclama: — La política es una máquina de trinchar carne; — y luego añade: — Un jefe de partido es semejante a un lobo voraz que se alimenta de las mansas ovejas de los rebaños.

Al poco rato llegan sus dos pequeñuelos, que han sido expulsados de la escuela por el delito de ser hijos de un hombre que profesa ideas tan "disolventes", y esto, en vez de irritar al doctor, le hace exclamar: — Bien, hijos míos; en adelante yo seré vuestro profesor y haré de vosotros grandes hombres.

—¿Y qué haremos cuando seremos grandes hombres, papá? — le preguntan sus hijuelos.

—¿Qué? — les contesta; — pues... cazar lobos, que por aquí abundan muchos.

La escena es tan interesante como lógicas son las frases del doctor.

En "Los espectros" pone de manifiesto Ibsen las consecuencias de la depravación y del vicio que se anida en la actual sociedad, el que corrompe a los humanos y les descompone el organismo, lo que viene a redundar en perjuicio de sus sucesores, que, víctimas inocentes, heredan la sangre envenenada de sus padres y sufren los desastrosos resultados de la terrible enfermedad sifilítica que aquéllos adquirieron durante el curso de su vida desordenada, sucumbiendo casi siempre los infelices que la heredan, cuando son la esperanza de quienes les rodean.

Esto precisamente es lo que le sucede a Osvaldo, personaje creado por Ibsen en esta obra. Osvaldo es un joven artista, apasionado por el modernismo, inteligente y despreocupado de rutinarismos; es como si dijéramos el reverso del que le dió el sér. Mas ¡ay! que heredó la emponzoñada sangre de su antecesor, y cuando su inteligencia está en pleno desarrollo, cuando el porvenir se le presenta más brillante para su carrera artística, las fuerzas se le agotan, la vida se le apaga y por fin sucumbe, y mientras es presa de la agonía, se le figura ver a la sociedad futura iluminada por un nuevo sol... sol de libertad, sol de justicia, sol de emancipación.

¡Ah! Si posible fuese investigarlo ¡cuántos "Osvaldos", semejantes al creado por Ibsen, hallaríamos en esta pútrida sociedad!

En la misma obra el espectador se da exacta cuenta de las lamentables consecuencias de los convencionalismos que hoy imperan y que sumen a la desdicha a seres que podrían vivir felices y dichosos, y además se pone de relieve la hipocresía y supina ignoran-

cia de muchos de esos llamados padres de la iglesia, que acostumbran criticar lo que desconocen.

Hermosa en verdad es la escena aquella que entra el "pastor" evangélico y encuentra leyendo a la madre de Osvaldo un libro que él considera indigno, por ser de un autor de ideas avanzadas. Sorprendida la señora de la inoportuna crítica del capellán, le pregunta:

—¿Usted lo ha leído?

—¡Dios me libre de ello! — contesta. Por lo que le replica la madre de Osvaldo:

—Entonces, si usted no lo ha leído y por consiguiente lo desconoce, ¿cómo se atreve criticarlo?

¡Magnífico! ¡Sublime!

Otras producciones nos han dado a conocer el gran innovador de la escena, Enrique Ibsen, entre otras, a más de las expuestas, "La dama del mar", "Edda Glaber", "Casa de muñecas", etc. etc., estando todas ellas dotadas de humanas concepciones.

Hauptmann es uno de los que con más buen acierto ha contribuído también a dar vida al arte escénico moderno. Su obra "Los tejedores" es un verdadero monumento. En ella se ve retratado, y por mano maestra, el bárbaro y brutal egoísmo burgués, teniendo la muy bien intencionada particularidad de que el principal personaje viste el traje del soldado, del esclavo de la inhumana disciplina militar, pues recién llega, licenciado del cuartel, en donde ha tenido ocasión de convencerse de la lógica del ideal emancipador, del que se convierte en entusiasta defensor.

Al llegar a la fábrica de tejidos donde está empleado su padre, encuentra sumidos a desenfrenada explotación a una multitud de esclavos del expoliador capital, parias modernos que se transforman en máquinas que engrosan la fortuna de los potentados, en tanto que ellos ¡desdichadas víctimas! a fuer de tanto trabajar, son presa, a la flor de la edad, de la anemia y de la tisis, y todo para poder llevar a sus hogares, que son pasto de la miseria, un miserable mendrugo.

Viéndolos sumidos a tan mísero estado, procura inculcarles su ideal regenerador y les excita a la rebeldía, consiguiendo que aquel puñado de esclavos se subleven abiertamente contra su verdugo el capital.

El mejor elogio que de esa obra se puede hacer, es hacer público que cuando se representó en Alemania, el emperador Guillermo impuso arrestos a los individuos que perteneciendo al ejército iban a verla. ¡Ah! ¡temía el contagio! Más tarde prohibió se representara. Igual conducta siguieron los democráticos (?) gobiernos de Francia y de los Estados Unidos.

Cuando Paul Hervé estrenó "Las tenazas", dió tema de animadas discusiones. En dicha obra el autor demuestra la imposibilidad de reglamentar las naturales pasiones del ser humano y la impotencia de las leyes encaminadas a ello.

También en España se ha hecho notar la evolución del arte, y no tan sólo se han representado allí traducciones de inteligentes autores extranjeros, sino que también se han estrenado obras de parecido calibre, original de escritores españoles.

En las de Galdós, "Realidad" y "La loca de la casa", por ejemplo, se notó la tendencia de evolucionar en el sentido expresado.

Joaquín Dicenta al dar una a la escena alcanzó un éxito extraordinario. Se titula "Juan José" y su argumento es naturalísimo, estando impregnada de tanta realidad, que los personajes parecen ser trasladados de sus respectivos hogares a las tablas.

Un pequeño detalle de esa obra:

El primer acto se desarrolla en una taberna. Al levantarse el telón dos obreros albañiles están sentados alrededor de una mesa, recalcando uno de ellos un manifiesto con el objeto de excitar al pueblo para que derribe al gobierno existente y ponga uno democrático en su lugar. El otro obrero, más experimentado y más consciente de la verdad, le dice en estos o parecidos términos: — Y bien, ¿qué va a conseguir el pueblo derribando al gobierno y encumbrando a otro? Cambiar de amos, nada más; para conquistar el bienestar de aquellos que nos exprimen el jugo, no vale la pena de derramar sangre. Desengáñate, amigo; yo tengo más experiencia: también yo en otros tiempos he luchado y hasta he derramado mi sangre para alcanzar la victoria de un gobierno democrático. Lo conseguimos; pero ¿qué sucedió? Pues que los que nos alentaban a la lucha y nos hacían promesas de libertad, una vez en el poder muy pronto se olvidaron de ellas y se convirtieron en opresores de aquel pueblo que a costa de su sangre les había encumbrado. Ea, nosotros, los proletarios, tan sólo debemos luchar por el triunfo de nuestra propia causa, y si peleando en otra época en pró de la victoria de falsos libertadores fuí herido en una pierna, ahora, no una sino las dos gustoso perdería combatiendo por el triunfo de nuestra emancipación.

¡Cuánta verdad encierran tales palabras!

En fin: que el arte moderno se impone, pese a quien pese, y en él encuentra ancho campo para su propaganda nuestra humana causa.

No queda duda: todo lo que significa Ciencia y Progreso se va poniendo de nuestra parte.

El número de los que contribuyeron con sus esfuerzos a la grandiosa obra de la regeneración humana, es inmenso.

Cada uno coopera en ella con arreglo a sus aptitudes y cualidades. El libro, el periódico y la escena son elemento favorito para algunos; las Bellas Artes lo son para otros, y sus lienzos son tan elocuentes como el más fogoso discurso; la oratoria es el elemento predilecto de aquellos que están dotados de ella.

Repitamos aquella expresiva frase de un nuestro querido amigo: — "El mundo ácrata marcha... ¡regocijémonos!"

Hugo-Blanqui.

LOS ESPECULATIVOS

Contra el anarquismo parece fatal se descarguen las siete plagas que hiciéranse famosas en la antiquísima ciudad que baña e inunda el traicionero Nilo.

Cosa deplorable ya que se trata de una hermosa doctrina de transformación social. Toda una magnífica concepción forjada en la soñadora mente de William Morris y en la fragua incandescente que fué la cabeza del formidable moscovita Bakounine.

De tal forja la concepción salió sin falla, de una pieza y ya bruñida. Es la rica herencia que aquellos titanes legaron a la posteridad y los bravos de corazón recogen hoy. Oro puro, no mancillado por la bastarda aleación. Por eso los anarquistas verdaderos hablan un lenguaje de fraterno amor y espantan a los prepotentes con su formidable lógica revolucionaria. Un ideal completo el anarquista. De medida para varones.

Está escrito. Todo lo bueno pasará por las pruebas del fuego y del agua. Y por ellas pasó el anarquismo, saliendo más bruñido, más terso y duro. Las hachas de los sayones se mellaron al descargarse empuñadas por el odio y por el miedo. La respuesta del anarquismo fué el de una voz augural. Un canto.

Pero ahora no se trata de pruebas heróicas. El peligro es otro. Entraron en juego las siete plagas, las siete miserias. ¿Quién las afronta? Pavoroso problema este porque el mal viene de adentro, parido por las aguadas cabezotas de algunos petimetres, a quienes la vestimenta ácrata les resulta de excesiva holgura. Un mal molesto, una plaga piojera.

Tenemos entusiasmo por los anarquistas en razón directa a los "bárbaros" que se manifiestan en sus resoluciones. Nos encantan por lo sencillos que son en sus razonamientos. No entran ni a palos por el aro de la metafísica, del razonamiento elevado a los planos superiores de la especulación. Cuando escuchan hablar de tales culminaciones intelectuales se limitan a sonreir. Una vez hablaron. Todo eso son "macanas", dijeron. (1).

Resultan verdaderos hombres, es decir, "bárbaros". Y nadie se asombre del calificativo. En los períodos críticos de las civilizaciones los "bárbaros" son siempre los salvadores. Los "bárbaros" son los hombres nuevos, sanos. Los capaces de accionar bien sin necesidad de leer psicología en grueso volumen. Los "bárbaros"

---

(1) Ello no quiere decir que los anarquistas desechen toda especulación filosófica, al contrario, desean cultivarla; pero en una forma disciplinada y racional, y no estúpidamente como han demostrado hacerlo algunos titulados individualistas: Sin conocimientos iniciales, analfabetos mentales, se han emborrachado de suficiencia y nos han hablado de superhombría, de Stirner, de Nietszche, etc. (*N. de R.*).

que en Rusia han hecho la revolución social y pateado al Zar. (2).

Sucesivamente se van presentando las plagas. Antes fueron los catastráficos de la Revolución. (3). Después los individualistas. A más andar unos intelectuales señoritiles que pretendían poseer la sal y la hostia del anarquismo, metiendo su cuño imbécil a toda obra. Ahora, ¡sálvanos señor!, la plaga más reciente son los mosquitos especulativos.

De todas las plagas que se descargan sobre el anarquismo esta última es la más inaguantable. La más inoportuna. La más tiñosa.

Aparece en el momento en que el anarquismo se siente llamado a la más dura prueba. La prueba experimental de sus valores prácticos. Se revela con motivo de la dictadura del proletariado, instaurada por los revolucionarios moscovitas. En el momento preciso en que los anarquistas necesitan conservarse más rudos, más "bárbaros."

¡Los especulativos! Son terribles estos mosquitos. Ahí es nada. Según ellos ya no es cuestión de hablar de revolución. ¿Para qué? El problema social se arregla con la bondad en un dedo y la ciencia metida en la nariz. Eso de la dictadura proletaria es una brutalidad. No hay derecho ha hacer daño a los burgueses, que al fin de cuentas son nuestros hermanos.

Por suerte grandísima los obreros inteligentes — los obreros son infinitamente más inteligentes que los escrupulosos especulativos — se ríen de tamañas bellaquerías. Los anarquistas que siguen siendo "bárbaros", sonríen irónicamente. La nueva plaga les arranca el mismo comentario que las metafísicas de otrora. ¡Son "macanas!"

La plaga de los seráficos, de los nimbos especulativos, de los escritores chirles y afeminados que hablan en constante diminutivo, pasará. El anarquismo, forjado por William Morris y Bakounine, es ideal duro y bien bruñido. Los mosquitos especulativos no clavarán su aguijón en él. Todo lo más, sobre la tersura de la férrea concepción ácrata, lograrán depositar una escrecencia.

Se siente el cansancio del régimen capitalista. Los "bárbaros" han de traernos la salud social que nos falta. Vengan pronto y armados de todas las armas. Con la dictadura proletaria por coraza.

Nadie resistirá la avalancha. Ni los burgueses ni los mosquitos de la plaga especulativa.

Cantaclaro II.

---

(2) En el período revolucionario toda especulación resulta perjudicial. El acuerdo debe buscarse en el conjunto y no en los detalles. (*N. de R.*).

(3) Como siempre se ha hablado de revolución anárquica sin decir cómo, hoy aún a los más cuerdos les parece una claudicación el aceptar una dictadura colectiva, confundiéndola con las hasta ahora existentes. Pero muchos anarquistas negaban esta clase de revolución universal, instantánea y absolutamente anárquica, y admitían sólo una serie de revoluciones progresivas y ordenadas. Hoy los hechos han dado razón a los claudicantes de ayer. — Véase Carlos Malato en su "Filosofía del Anarquismo", Santiago Locascio en "Orientaciones" (1911) y en la polémica con Zamboni, "La Protesta" (1910). (*N. de R.*).

La causa de la Revolución Rusa

Desde distintos lugares he recibido cartas escritas en forma angustiosa. El miedo y el terror emana de sus páginas. Parece que sus autores viven días luctuosos; pensamientos torturantes desgarran sus corazones; horas de insomnios, minutos delirantes...

"¿Qué ha pasado con este humilde pueblo ruso, que tan de pronto se ha transformado en un bruto indomable?" Pregunta una distinguida dama que me ha enviado una esquela dentro de un magnífico sobre perfumado.

"Cristo y sus evangelios han sido olvidados; la doctrina del amor ha sido pisoteada; no existe más ningún respeto para el prójimo." Anuncia tristemente M. F...., miembro de la nobleza de Soum... Y prosigue: "¿Os encontráis satisfechos?"

"¿Dónde están los frutos del Evangelio de amor para el prójimo? ¿dónde se manifiesta la influencia de la escuela y de la Iglesia?" — interroga el señor Bruotain de Fambof.

Mientras los unos no tienen más que palabras de injurias y de amenazas en los labios, los otros se lamentan, pero todos se encuentran excitados, todos se hallan oprimidos por dolorosos sentimientos, todos miran con mirada fosca el obscuro porvenir ante los trágicos días transcurridos. Yo no puedo contestar a cada uno de ellos separadamente, me decido a hacerlo en una sola vez para todos.

Señores: Los días de las venganzas han llegado; los días en que vosotros estáis obligados a pagar bien caro vuestro desprecio hacia el pueblo.

Todo lo que os inquieta, todo lo que os entristece, vosotros lo habéis merecido. Yo no os puedo decir, yo no os puedo augurar más que una sola cosa: que compendiéis, que viváis aún más profundamente, con mayor fuerza, todo el horror de esta trágica circunstancia creada por vosotros mismos. Que vuestros corazones se pasmen por el sobresalto, que toda la crueldad, las orgías de sangre, que se producen en nuestro país, os quemen como brasas, porque sois digno de ello.

Y vos, Señora, ¿queréis saber lo que ha sucedido al pueblo? Pues simplemente, ha perdido su paciencia.

Desde mucho tiempo estaba sometido a la violencia, había sostenido vuestras existencias con su trabajo de esclavo resignado: hoy él está cansado y obra en consecuencia. Os habéis demasiado pronto preocupado de vuestra suerte...

Y, porque no hablar con toda sinceridad, ¿por qué el pueblo no debía ser un bruto? ¿Qué habéis hecho para impedir que lo sea?

Continuamente le habéis robado su trabajo, su último pedazo de pan, lo habéis expoliado inícuamente, sin preocupación, sin daros cuenta de vuestros actos; vosotros habéis vivido sin preguntaros quién os hacía vivir.

Habéis insultado al pobre y al hambriento con la exageración de vuestros ridículos adornos. En la campiña, mirabais a los campesinos como se mira a seres inferiores. Y ellos han comprendido. Los pobres tienen también corazones sensibles debajo de sus mugrientas vestes, y no son malos, pero vuestra conducta los ha irritado. Cuando se derrocha como vosotros derrocháis ante la presencia de los míseros, no puede esperarse de ellos lo que podría esperarse de un perro fiel que lame la mano que le azota; ni vuestros cantos, ni vuestra música podrían saciar a aquel que siente el escozor del hambre.

Señora. No sólo vuestra pregunta demuestra que ignoráis la vida, sino también demuestra la hipocresía del culpable, que sabe de haber delinquido, pero no quiere o no puede confesar su delito.

Aquél que es golpeado siempre tratará de vengarse; de aquel que no se tuvo compasión no se puede obtener a su vez compasión...

Vos, señora, poseéis una educación esmerada, habéis recibido una instrucción apropiada a vuestra condición social, habéis leído muchos libros... y pretendéis remediar vuestra crítica situación dirigiendoos a un hombre que de antemano debiáis saber que nada hará por vos... al contrario... Las represalias populares son fatales. El pueblo instruído en una escuela que se asemeja mucho a un infierno dantesco, el pueblo educado a fuerza de golpes, no puede ser dócil de ninguna manera.

No exijáis de estos hombres lo que vosotros no le habéis dado. No tenéis derecho a la compasión porque nunca la habéis conocido jamás.

Los que hablan y escriben sobre el amor del prójimo me han

siempre profundamente disgustado, son hipócritas y mentirosos.

Cuando habláis de amor lo hacéis con el solo fin de calmar a vuestro prójimo que sufre la miseria y el abandono. Os parece que tocando el corazón de los irritados y de los oprimidos podéis evitar su justa venganza. Mentís llamándolos hermanos, mentís predicando el Evangelio de amor a hombres en cuya alma habéis sembrado la envidia, el odio y el furor.

¿El Evangelio? Desde mucho tiempo los opresores lo han manoseado con sus sucias manos, y sus verdades han sido borradas por los hipócritas... y ¡todavía osáis invocar su nombre!

Yo no puedo justificar un solo instante la crueldad de la cual habéis hecho una ley de la vida, digo solo que donde se tolera la injusticia y la arbitrariedad, que donde no hay ninguno que se levante airado contra la injusticia reinante, no puede haber nadie que se haga acreedor a la compasión y al perdón.

Máximo Gorki.

(**Traducción de Luis Cortés para VÍA LIBRE**).

—El derecho de gente es inviolable; ningún poder puede infringirlo, y el que así lo hiciera iría contra ese derecho consagrado en el gran libro de la historia, y el agente agraviado puede reaccionar repeliendo esa violación del derecho por medio de la fuerza...

Giovanni Bovio.

Revista de Revistas

"El Burro". — Número correspondiente al 20 de Diciembre último: *Maximalismo y Anarquía «Yo»*:

En medio de la charla jocosa e intencionada de este periódico anticlerical, aparece de cuando en cuando algún trabajo meduloso y notable, como éste sobre Maximalismo y Anarquía, que podría ser destinado a publicarse en folleto y distribuirse gratis entre el pueblo para que éste se percatara de la verdad de la Revolución Rusa y de la finalidad maximalista, hoy tan mal entendida por nuestros divulgadores y tan mal interpretada por los que debieran traer de ella la lección de los hechos.

La Revolución no es el reparto de bombones entre los niños, no es un juego deportivo, es una imposición, es una violencia, es un parto doloroso, aunque para ello no sea menester emplear el bisturí del cirujano. La anarquía es la visión elevada del solitario, es la aspiración sublime del pensador, es la meta señalada por el superhombre. Es la idea pura que perfecciona siempre, constantemente...

El autor de Maximalismo y Anarquía «Yo» es el mismo Oreste Ristori, el cerebro robusto que dirige la publicación que nos ocupa. El es anarquista, él quisiera hablar a una humanidad educada, instruída, genial. Mas, ¡ay! no puede, no le es posible, y busca casi en forma casi brutal, terriblemente prosáica atraer la atención de la rústica humanidad y llevarla por la mano hacia un estrado superior, lo que no entienden algunos hermanos nuestros que viven egoistícamente encerrados en su mísera alcoba de bohemios misántropos.

La vida no es idealismo puro ni es materialismo grosero, hay en ella brutalidad bestial y sonrisas angelicales, ambas forman el todo homogéneo de madre natura.

El anarquista es un sér completo, debiera serlo al menos, y como tal no puede abandonar a los Sancho e irse con los Quijotes. Está llamado a curar al uno de su locura y arrancar al otro de su brutalidad.

Hacer la revolución así líricamente sin imponer el sistema, es

el sueño fantástico de los cerebros incompletos. La Revolución Social tiende a la libertad, mas no es la libertad misma, es el paso fatal entre la tiranía y la libertad, es la prueba del fuego que inexorablemente debe soportar el hombre. El que no está preparado para la dolorosa prueba que se retire a tiempo antes de exponerse a ser marcado con el estigma infamante de la traición: "La Revolución no puede discutir ni disculpar, obliga."

"Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate."

Ediciones Selectas "América". — El último fascículo de estas importantes ediciones correspondiente a diciembre de 1919, trae un conjunto de composiciones morales de Vicente A. Salaverri y que lo titula "La Visión Optimista." Nos habla del carácter, de la mala educación, del trabajo, de la seriedad y de la dignidad, en síntesis esquemática y forma galana y garrida, que nos transporta hacia dulces visiones de vida superior.

En su "Confesión inicial" tiene soberbias castellanas y encantos de niños. Su optimismo se debe a su triunfo bien merecido por cierto dada su aplicación y su constante laborar.

Salaverri no es de aquellos que lo esperan todo del ocio y de la farándula, él trabaja anhelosamente consagrando a su oficio horas de noble tarea. He ahí el secreto de su optimismo, he ahí la recompensa de su esfuerzo.

"América" cierra su primer tomo de sus ediciones con un broche de oro, "La Visión Optimista", de Salaverri, digno pandant con su pórtico "florilegio" del divino Nervo, a pesar de los que podrían decir de los poetas las almas lancinadas por el dolor de la vida.

S. L.
